

ESPIRITUALISMO Y FIN DE SIGLO: CONVERGENCIA Y DIVERGENCIA DE RESPUESTAS

JOAN OLEZA SIMÓ

En 1887, doña Emilia Pardo Bazán, esa voluminosa atalaya de novedades literarias, publicaba su ensayo *La revolución y la novela en Rusia*, recopilación de una serie de conferencias ejecutadas en el Ateneo de Madrid, en el otoño de ese año, y producto del impacto de la lectura, durante sus «invernadas en París», de *Crimen y castigo*, de Dostoievski, así como de «la fama y éxito que logran en la capital del mundo latino los [...] novelistas rusos».¹ En su ensayo D.^a Emilia hacía declaraciones como ésta: «El elemento espiritualista de la novela rusa para mí es uno de sus méritos más singulares», y justamente es ése el elemento que falta en la novela francesa: «los realistas franceses ignoran la mejor parte de la humanidad que es el espíritu». Y en su artículo de 1891, en *La España moderna*, sobre «Edmundo de Goncourt y su hermano», saca la conclusión tajante a esa presencia y a esa ausencia: «Nadie que lleve el alta y baja de estas cuestiones ignora que el naturalismo francés puede considerarse hoy un ciclo cerrado, y que novísimas corrientes arrastran a la literatura en direcciones que son consecuencia y síntoma del temple y disposición de las almas en los últimos años del siglo [...]. El ciclo naturalista [...] encontró sus paladines en Francia: el ciclo nuevo, que podemos llamar realista ideal, los halló en Rusia.»²

El modelo francés aparecía así desplazado por el ruso. Y 1887 era una fecha muy temprana, a decir verdad, para atreverse con tal diagnóstico. Tan temprana que la propia doña Emilia, cuya coheren-

1. *Obras completas*, Madrid, 1973, vol. III, p. 760. Doña Emilia no confiesa, por supuesto, que su principal motivación fue la lectura de un libro de gran resonancia crítica *Le roman russe*, del vizconde de Vogüé, publicado en 1886, y al que reconoce tan sólo como fuente bibliográfica.

2. *Op. cit.*, p. 952.

cia no parece demasiado ejemplar, publica ese mismo año *La madre naturaleza*, una de las obras maestras del naturalismo español.

Y es tan temprana la fecha que en España, por esa época, todavía no ha entrado, vía Francia, la gran oleada de las novelas rusas. En Francia las traducciones del ruso se amontonaron entre 1885 y 1887, para sorpresa de algún testigo de excepción, como Romain Rolland, quien confesaba respecto a Tolstoi: «En unos cuantos meses, en unas cuantas semanas se descubriría ante nuestros ojos toda la obra de una gran vida, en la cual se refleja un pueblo, un mundo nuevo.»³ En España no tardó en traducirse casi todo lo que se publicaba en París, y según Palau y Dulcet las primeras traducciones son de 1888, correspondiendo a *Ana Karenina* y a *La novela del presidio*. Escribe a propósito de ello G. Portnoff: «Según todos los indicios, las obras importantes no entraron en España sino hacia 1888. Hasta esta fecha no se encuentra nada ruso en las revistas literarias de España de aquella época, como *La Lectura* y *La España moderna*» (p. 37).

Doña Emilia, por tanto, y una vez más, se había adelantado.

Y como casi siempre su adelantamiento produciría una distorsión del fenómeno. Pues si es cierto que la novela rusa, y en especial la de Tolstoi, fascinó a escritores y lectores españoles, hasta el punto de hacer cambiar de modelo al crítico más lúcido del momento, Leopoldo Alas, que se pasó del Zola de *Trabajo* al Tolstoi de *Resurrección*, o de imprimir un giro decisivo en la evolución del penúltimo Galdós, cuyas novelas (*Realidad*, *Nazarín*, *Misericordia*) constituyen el principal patrimonio del realismo espiritualista español, no es menos cierto que el modelo ruso no fue visto siempre como un modelo alternativo al francés, sino al naturalista, y que en Francia hubo asimismo un movimiento literario convergente con el espiritualismo ruso, de una importancia decisiva para el fin de siglo, y que ambos, el espiritualismo ruso y el francés, fueron recibidos simultáneamente en el mundo cultural español.

Así, en el artículo con el que Leopoldo Alas contesta a la encuesta que *El Heraldo de Madrid* hiciera sobre la propuesta de «una novela novelesca» lanzada por Prévost desde París,⁴ declara que tanto en el arte como en la filosofía se columbra una nueva corriente «que pueda llamarse futuro idealismo» y que «en Rusia es hasta clásica» pero que también «esos mismos fenómenos de idealidad [...] en las letras de París se notan».

Leopoldo Alas no hacía sino señalar dos de las múltiples direcciones, la francesa y la rusa, en las que se desplegó ese espiritualismo mesiánico que sacudió las conciencias finiseculares. A fin

3. G. Portnoff, *La literatura rusa en España*, Nueva York, 1932.

4. «La novela novelesca» es el título también del artículo, publicado posteriormente en *Ensayos y revistas*, Madrid, Fernández Lasanta, 1892. Las citas inmediatas son de las páginas 145 y 146.

de cuentas, el Leopoldo Alas de los 90 vino a convertirse en prototipo de ese intelectual angustiado del fin de siglo, consciente de la decadencia de toda una civilización y de la crisis del modelo cultural burgués nacido de las revoluciones liberales, y conmovido por la exigencia inaplazable de una redención civilizatoria, de signo cristiano. No es de extrañar, por tanto, que desde la revista literaria